



ACTO SOLEMNE DE INVESTIDURA COMO
DOCTORA HONORIS CAUSA

Dra. D.^a Almudena Grandes Hernández



25 de julio de 2022
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



Dona Almudena Grandes Hernández

HONORIS CAUSA

Dra. D.^a Almudena Grandes Hernández

A propuesta del Consejo de Dirección de la Universidad de Cádiz, con el informe favorable del Consejo de Gobierno celebrado el 2 de noviembre de 2021, el Claustro Universitario, en su sesión ordinaria de 22 de diciembre del 2021, aprobó la concesión a título póstumo del **Grado de Doctora Honoris Causa por la Universidad de Cádiz** a favor de **Almudena Grandes Hernández**, acuerdo que se publicó en el BOUCA de 17 de enero de 2022.

LAUDATIO

Prof. Dr. D. José María Pérez Monguió

Vicerrector de Cultura de la Universidad de Cádiz



Con la venia, Sr. Rector Magnífico, vicerrectoras y vicerrectores, autoridades, compañeros y compañeras, señoras y señores y, muy especialmente, a familiares y amigos de Almudena Grandes Hernández.

Es para mí un honor intervenir en este acto de investidura de Doctora Honoris Causa; un honor solo superado por el grado de responsabilidad que me genera el pronunciar la *laudatio* de la persona que se incorpora al claustro de doctores de la Universidad de Cádiz, igual que en su día merecieron otros ilustres escritores, como los gaditanos Rafael Alberti Merello, José Manuel Caballero Bonald o Fernando Quiñones Chozas.

Almudena Grandes nació en 1960, formando parte de aquella generación que vivió la adolescencia de un país que salió del chiquero, como ella expresaba, sin instrucción alguna, para experimentar, para conformar un nuevo modelo de sociedad desde ese barrio de Malasaña que se inserta en la ciudad, como escribió el maestro Sabina, donde se cruzan todos los caminos, donde el mar no se puede concebir, donde regresa siempre el fugitivo, pongamos que hablo de Madrid.

Desde bien pronto descubrió su pasión por la literatura, aquella, como ella escribiría, que «teje y desteje desde hace siglos un inmenso tapiz fabricado con las historias que condensan los hilos de la existencia humana». E inspirada de alguna ma-

nera por su padre y por su abuelo, los dos Manolos, poetas vocacionales y veraces. Aunque ella no cultivase el género, tal vez por un respeto ejemplar, la poesía continuó toda la vida envolviéndola, al casarse con un gran poeta.

Prefirió ser narradora de historias, una aventura vital que comenzó gracias al fútbol y debido a que no sabía dibujar. Contaba Almudena que «cuando íbamos a visitar a mi abuelo, mi padre y él veían el fútbol y no se podía hablar. A los niños nos daban lápices de colores, pero como a mí no me gustaba dibujar, me aburría. Y me dijeron que escribiera algo. Aún conservo algunos cuentecitos...».

Y, como según el carácter y la filosofía de cada uno, nada sucede por casualidad o todo es un cúmulo de sucesos vitales sin razón ni lógica, se licenció en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid, aunque se dice que le hubiera gustado estudiar clásicas.

Los primeros años de su actividad profesional los dedicó a trabajar creando voces para enciclopedias, un desempeño que la obligó a la disciplina de las palabras, a la concreción, tras una seria y concienzuda labor de documentación. Fue en esos momentos cuando se le presentó muy acentuado el impulso por descifrar, por escribir, embarcándose en la obra que creó para Lulú y sus edades. Una ducha de agua fría para la sociedad de entonces, una historia erótica contada con un lenguaje distinto y desde la libertad a la hora de expresar sentimientos y deseos sexuales a través de la óptica de una mujer. Una ópera prima por la que alcanzó, con 28 años, el reconocimiento del público y de la crítica, galardonada con el premio La Sonrisa

Vertical y el respaldo de un prestigioso jurado que integraban, entre otros, Luis García Berlanga y Juan Marsé.

Una novela que creció tanto y tanto que estuvo a punto de devorarla metafóricamente, puesto que, como ella decía, «los éxitos desbordados pueden acabar con una». En ese estado ficticio que proporcionan los triunfos, se encontró, parafraseando a su amigo Miguel Ríos, sola en la encrucijada, sin conocer por cuál de los posibles pasajes de su destino se encontraría con ella misma, si en la fama o en la escritora —en aquellos momentos incompatibles—. Sin embargo, no lo dudó y abrazó lo segundo.

Lo suyo era una vocación, una vocación que, como define Luis García Montero, es aquello que te realiza como persona, lo que te vincula a la sociedad, lo que te hace sentirte útil y quien tiene la fortuna de tener una vocación, tiene algo más que un sueldo a final de mes.

Abandonada la vía iniciática, comenzó una etapa de reflexión sobre la vida del, siempre, Madrid de los años 80 y posteriores: *Te llamaré Viernes*, un robinsón urbano en la calles madrileñas, una entrañable historia de amor entre seres a los que la vida había postergado al margen de una ciudad sin alma. Y nacen luego *Malena es un nombre de tango*, *Modelos de mujer* y *Atlas de geografía humana*, desovillándose en esta entrega la historia de cuatro mujeres que trabajan en una editorial confeccionando un atlas de geografía. Mujeres que tenían en común la edad en la que hay un punto «de inflexión de la vida en que no pueden aplazar más la necesidad de encararse de una vez consigo mismas, despejar dudas, deseos y contradiccio-

nes ya insostenibles para situarse ellas mismas en su propia geografía, en su propio atlas». Y *Los aires difíciles*, en que aparece nuestra Rota gaditana, que tan importante sería en su vida, y sus vientos, a los que amó. Y la sempiterna vuelta a la matriz en *Castillos de cartón*, donde se analiza la movida de la capital.

Con estas primeras obras, algunas llevadas al cine, la autora describe, analiza, disecciona y nos hace espectadores de una España en transformación, de sentimientos humanos, de crisis, de historias entrelazadas que permiten enfocar y comprender la realidad compleja de un país en una época precisa desde distintas perspectivas.

En esos momentos, podemos afirmar que ya se había constituido el universo Grandes, acompañado de un sinfín de lectores que lo sustentaban, del reconocimiento de público y crítica; pero, en un giro que sorprendió, reserva su siguiente tiempo creativo para adentrarse en la reconstrucción de la memoria. Si bien, para ser sincero y riguroso, breves apuntes de esa vertiente la habían rondado ya en sus libros iniciales. Valgan a modo de ejemplos, personajes como Pablo, de *Las edades de Lulú*, perteneciente al partido comunista y encarcelado en sus tiempos o, en *Malena tiene nombre de tango*, la abuela Soledad, con el recorrido evocativo por su vida, o la historia de Fran en *Atlas de geografía humana*.

Quiero pensar que la autora percibió, con el paso de los años y del desarrollo de los protagonistas de sus historias anteriores, que los personajes tenían derecho a su propia memoria, a su pasado, porque como decía Ortega y Gasset, lo que diferencia al hombre del animal es que el hombre es un heredero

y no un mero descendiente. Y para comprender España y a los españoles, lo que viene a denominarse la memoria histórica y democrática, constituye una pieza, aunque dolorosa, cardinal e imprescindible para entender cuánto somos y cómo sentimos. De hecho, ella mantenía que cada generación tiene su asunto, un asunto que pesa sobre sus hombros, un asunto que resolver, y en España este es la memoria.

En este punto se visualiza otro rasgo de la autora, la valentía, ya que embarcarse en esa cuestión suponía posicionarse, algo que conllevaba ciertos riesgos que asumió con decisión.

De este modo surgió *El corazón helado*, pues remitiéndonos a Antonio Machado, una de las dos Españas ha de helarte el corazón, con una trama que se desenvuelve en el presente, un presente que no logra tapar u ocultar el pasado que brota desde cualquier mínimo resquicio de la sociedad.

Una novela muy difícil de escribir, en la medida que era la primera vez que abordaba un «tema que no era suyo, era tratar de cómo se reconstruye sentimentalmente la realidad de España desde el presente, es la versión de los nietos». Un trabajo que le exigió un enorme ejercicio de estudio, descubriendo, en sus consultas de investigación, cuánto desconocía de la historia de España; por cierto, como la mayoría de los españoles. Cada libro que leía le conducía a otro, a una película, a un documental, a una fotografía, a una canción y vuelta a empezar. Ese carrusel fue para ella, en sus palabras, un torbellino obsesivo. Un novelón de mil páginas que la dejó exhausta; pero con el aliciente de una cabeza colmada de imágenes requiriendo ser desveladas, porque para Almudena la imagen era la simiente de todo, la historia en potencia.

Historias, imágenes, personajes, espacios, acontecimientos que inicialmente dudaba cómo atraerlos a la luz, ignorando que estaba a punto de iniciar una labor de reconstrucción del sendero que conduce de nuestro pasado a nuestro presente. Le salió al encuentro la imagen de Benito Pérez Galdós, un autor decisivo y una referencia imprescindible para la autora; primero como lectora, después como escritora. Un autor que era la piedra clave de bóveda que le faltaba, la llave encontrada, la contraseña recordada, la pieza que haría encajar a todas las demás.

En esos momentos, como ella expone, se hallaba en una posición similar a la del autor canario cuando escribió los *Episodios Nacionales*: setenta años de distancia con el momento histórico, un periodo de veinticinco años que contar y el contrastado modelo galdosiano: inventar una historia de ficción y encajarla en el marco de un acontecimiento histórico real, de tal manera que los personajes de la Historia se interrelacionan con los de ficción. Lo trenzó en seis obras independientes como hizo, por ejemplo, Max Aub en *El Laberinto Mágico*, que Almudena desarrollaría a partir de seis imágenes, buceando en momentos significativos de la resistencia antifranquista en el periodo comprendido entre 1939 y 1964.

Nace así un empeño de una magnitud difícil de cuantificar. Me refiero a los *Episodios de una Guerra Interminable*.

Insospechadamente, lo circunstancial, lo casual, lo inesperado cobran sentido: la licenciatura en historia, el tiempo en la editorial, el nacimiento en Madrid, el compromiso social, la madurez, su abuelo y su padre, sus hijos, el ansia de saber, la necesidad de que le fuera revelada la verdad y poder contarla,

la deuda pendiente de su generación, Galdós, las tertulias, los paseos por Madrid y por Punta Candor, los veranos en Rota, el viento... Todos los astros se alinearon. De esta manera, desde 2010 van asomando *Inés y la alegría* y *El lector de Julio Verne*, donde «La regla de oro consistía en acatar la voluntad del terror, reducir la vida al mínimo y no hacer nada, no saber nada, no decir nada, mirar sin ver, escuchar sin oír, y no comprender. Quizás en las ciudades fuera distinto, pero en un pueblo como Fuensanta de Martos, ese vivir apenas, vivir sin sentir, era el único recurso al alcance de quienes aspiraban a una supervivencia que nada ni nadie podía garantizarles».

Para luego escribir *Las tres bodas de Manolita*, en la que aparece la realidad del destacamento penitenciario del Valle de los Caídos, al que Javier Rioyo dedicase su documental *Ángeles con espadas*. Más tarde, *Los pacientes del doctor García*, para continuar con *La madre de Frankenstein*, en la que la pequeña Prometeo no tiene padre, solo madre, al contrario de la pieza publicada por Mary Shelley en 1818 y que, como en la obra citada, se revela con un final trágico, al acabar la creadora con Hildegart, su criatura. Final que casi solo es el principio, pues la trama converge sobre la madre y permite conocer la realidad de los centros psiquiátricos y de una España a la que algunos han regresado y muchos no consiguen comprender en el marco de una moral impuesta.

Y la sexta, *Mariano en el Bidasoa*, inconclusa, igual que sucede con la propia reconstrucción de la posguerra de España.

Seis novelas que abren el camino hacia la reconciliación con nuestro pasado. Unas meditaciones sobre España, su historia y

sus historias, que nada tienen que ver con el pasado, como dicen los enemigos de la misma, sino con el presente más real y subyacente, como ella mantiene. Escritas, como atinó Felipe Benítez Reyes, «desde el ángulo de sombra de los silenciados, de los difamados, de los inculpados. De los perdedores, en suma».

Una memoria imprescindible para construir el futuro con la aceptación de una realidad histórica que no debe quedar oculta, puesto que se corre el peligro de que resurja de nuevo para atormentar a todo un país. Es preciso contar, explicar, hacer pedagogía, con datos y no con dogmas, permitir que el río llegue a la mar, que sanen las heridas, no cubrir las cicatrices, las heridas y cicatrices que se ensañaron sobre varias generaciones de españoles y de las que, en una u otra medida, todos somos sucesores. Todo en aras de reencontrarnos y superar la división que nunca se debió producir en una guerra fratricida.

Como escribió su querido amigo, el poeta Ángel González:

*Nada es lo mismo, nada
permanece.*

Menos

*la Historia y la morcilla de mi tierra:
se hacen las dos con sangre, se repiten...*

Con la diferencia de que la morcilla, queramos o no, siempre se repite, pero la historia, la nuestra, tenemos al menos una posibilidad de que no se repita: mediante el conocimiento real.

Almudena, con esa forma minuciosa de trabajar, de documentarse hasta los límites más insospechados, ya que «si estaba

comprometida con la literatura, más lo estaba con la realidad», según cita Rodríguez Marcos, persigue hacer verosímil la ficción. Tomando como modelo a Galdós ha logrado crear, a mi juicio, una forma de hacer novela-historia muy original, en la que, en opinión de Eduardo Mendicutti, «no existen fisuras, donde mezcla de manera sobresaliente la historia y lo imaginativo, donde se consiguen lograr personajes con una increíble verosimilitud histórica para aquellos que eran ficticios y para los reales alcanzaba a dotarlos de sensaciones verdaderas, consiguiendo emocionar con sus acciones, decisiones y palabras, con una capacidad, podríamos decir, innata para insuflar emoción a aquello que es parte de nuestro pasado, todo ello sin correr el riesgo de que la ficción contaminase la Historia con mayúsculas».

En los *Episodios de una Guerra Interminable* se «coló» *Los besos en el pan*, un retrato certero de la crudeza de la crisis en España de 2008. En él, Almudena encontró similitudes con la época del hambre de posguerra que se recoge en las *Tres bodas de Manolita*, en los que resucita narrativamente a personajes de su infancia.

Pero su compromiso con la historia, con nuestra historia, no la alejó de su pacto tácito y vinculante con todos aquellos que sufren desde que vio, muchos años antes, la detención del Lute y se fijó en sus «Ojos tristes», reconociendo Almudena que se trataba de «la primera vez que la tristeza, más allá de las historias familiares, me llamó por mi nombre. Fue la primera vez que un mundo ajeno se hizo parte del mío».

Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas, alcanzando muchos y significativos premios, de los que enumero algunos:

La Sonrisa Vertical, el José Manuel Lara, el del Gremio de Libreros, el Rossore d'Oro, siendo la primera mujer en recibirlo, el Elena Poniatowska, el Sor Juana Inés de la Cruz o el Premio Nacional de Narrativa 2018..., sin embargo, su premio máspreciado y precioso, el que le otorgó libertad y sustento, fueron sus lectores. Confesó Almudena que «El único premio que cuenta de verdad, no caduca, que no se puede amañar, son los lectores, el mayor premio y la mejor riqueza. Mis lectores son mi libertad, mientras ellos estén ahí seguiré escribiendo los libros que creo que tengo que escribir en lugar de los libros que otros creen que tengo que escribir. Sin embargo, cuando escribo, escribo para emocionarme a mí; para convencer a la lectora que yo soy (la más crítica de todas); para emocionarles a ellos; para devolverles, de alguna manera, todo lo que ellos me han dado a mí, porque son mi piel de por vida».

Joaquín Sabina, con el que compartía la pasión roja por el Atleti, le dijo que ellos dos tenían los mejores públicos de España, pero cuando se publicó *Inés y la alegría*, le comunicó que pensaba que el de ella, sin duda alguna, era mejor.

El compromiso de Almudena siempre anidó más allá de la literatura, se afirmaba como una intelectual en ebullición permanente, en contacto con sus lectores, sus libertadores, con la ciudadanía desde su sillón en *El País*, que antes había ocupado Manuel Vázquez Montalbán, con la enorme responsabilidad de no defraudar a su maestro, donde cada semana, como ha confesado Jesús Marañes, «metía el cuchillo en la realidad. Era un latigazo de opinión. No tenía miedo a las consecuencias pero sí a que alguien pudiera acusarla de que algo no era cierto». Ideas que siempre defendió con vehemencia y con frecuencia

poniendo el foco en las personas más débiles. Y, cada quince días, en *El País Semanal*, escribía en su sección Escalera Interior, donde en forma de relato contaba historias, conversaciones, impresiones..., al fin y al cabo, «historias de una escalera».

Su compromiso era inconmensurable y una muestra pequeña son los siguientes textos. Ahora habla Almudena:

Feminismo (Cadena Ser, 02/03/2018)

«El feminismo impulsó la única revolución social triunfante en el siglo XX, la única capaz de transformar efectivamente la vida de las personas. Pero la conquista de la igualdad jurídica no bastó para implantarla en la realidad, porque la igualdad no es un concepto relativo, porque no se puede trocear, ni se debe negociar con él. Las mujeres no aspiramos a ser más iguales, sino a ser absolutamente iguales, y para lograrlo no podemos seguir aceptando que nos traten como a una minoría cuando somos la mayoría de la población, en España y en cualquier otro país».

Defensa universal de la mujer (Radical, *El País*, 6/09/2021)

«Pero entre las imágenes de la evacuación de Kabul que más me han impactado, recuerdo unas rodadas aquí mismo, en España, en el piso donde un intérprete de las fuerzas armadas había sido alojado con su familia. Él hablaba a la cámara. Sus hijos, todos varones —¡hombre afortunado!—, se movían a su alrededor, pero al fondo, de espaldas, una figura femenina completamente cubierta, con velo y manga larga en pleno agosto, parecía formar parte de la decoración. Inmóvil, ajena, ausente, esa mujer sin rostro, sin edad, sin voz propia, me pareció la imagen más desalentadora de un fracaso».

Enfermos mentales (La madre de Frankenstein)

«A la gente se le olvida que los enfermos mentales son personas, que necesitan dar cariño, y recibirlo, tener amigos, hablar de sus cosas. Piensan en ellos como si no fueran humanos porque así todo es más fácil (...).

Empezó por el principio, no les llames locos porque son enfermos. Aunque puedan impulsarlos a cometer crímenes tan horribles como este, las enfermedades mentales son dolencias físicas, igual que las del cuerpo. Pero las del cuerpo se pueden curar, objeté, y en cambio, a los locos, o sea, a los enfermos de la cabeza... Esos no se curan. O sí, replicó él, yo espero que algún día podamos curarlos».

A favor de los jóvenes (En la orilla difícil, *El País* 11/09/2021)

«Ya no podemos hablar de proletariado, y el éxito del término precariado ha resultado efímero, pero me refiero precisamente a eso, a la clase media empobrecida a partir de la crisis de 2008, a las víctimas de nuevas formas de explotación, a todos los jóvenes que encadenan contratos temporales para no alcanzar nunca el nivel de vida de sus padres. Entre ellos, entre ellas, se ha abierto un nuevo abismo, dos orillas opuestas de la misma realidad, que ya no se definen por el patrimonio, ni por el nivel de ingresos, sino por el grado de dificultad de sus vidas.

Escribo este artículo pensando en los hombres, y sobre todo en las mujeres, que se han atrevido a vivir en la orilla difícil, la del cansancio, la de los niños con mocos, la que inspira compasión pero es la única que garantiza el futuro de todos.

Sólo quiero que sepan que estoy de su parte».

Deshumanización de la sociedad (Humanidad, *El País* 14/11/2021)

«En el final de 2021 nadie podrá quejarse de aburrimiento. (...) y qué decir de la Navidad que nos espera. Ya se sabe que no habrá corderos suficientes porque no pudieron cebarse a tiempo, que tampoco habrá juguetes electrónicos bastantes porque faltan chips, que los precios subirán por las dificultades del transporte, en fin, todo un drama y veremos a cuánto nos salen los langostinos.

Frente al nigérrimo decorado que nos ofrece el volcán de La Palma, algunas pinceladas de blanco, la determinación de unas mujeres políticas dispuestas a implicarse en un futuro mejor, las cifras del paro, la derogación —o lo que sea— de la reforma laboral. ¿Algo más? Sí, una guerra. Europa está en guerra, pero no importa mucho porque las armas son seres humanos, munición vulnerable que sólo muere, pero no explota ni destruye los bienes de las multinacionales.

Karim, un joven kurdo que huyó de Irak para acabar atrapado entre dos fronteras, quería emigrar a Alemania o al Reino Unido. Porque allí, afirma convencido, hay humanidad. Al leerlo se me saltaron las lágrimas, y todavía no sé por qué. No sé si es más terrible su ingenuidad o nuestro despiadado cinismo, esa falta de humanidad que él, seguramente, ni siquiera puede concebir. Es inconcebible que, ante una guerra, tanta gente invierta su tiempo libre en calcular la relación calibre/precio de los langostinos, pero hasta aquí ha llegado Karim soñando con la humanidad».

Nos encontramos, por tanto, ante una novelista, una escritora, que ha sido cronista de la España que le tocó vivir con

intensidad pero que también nos proporcionó muchas trazas para comprender nuestro presente con la luna de sangre que emerge del pasado. Una escritora tan grande como Grandes es su primer apellido, y de segundo apellido Hernández, como el poeta, aquel que fue detenido y encarcelado y dejaron morir, mientras su mujer e hijo, como tantos y tantas, solo tenían pan y cebollas para comer. Una mujer con los poros abiertos, con la sensibilidad de apreciar el sufrimiento, con el cometido asumido de narrar, que ha llevado la literatura española a dar un paso adelante, con una depurada forma de relatar. Una trabajadora de método, de día a día, que «escribía hasta cuando estaba en silencio» (en palabras de Luis García Montero), de vehemencia, de coraje, de raza, de verdad, de fidelidad hacia los suyos y con las causas en las que creía.

Una «niña sin pueblo que llevarse a la boca», hasta que llegó a Rota, donde completó el binomio perfecto, según Cicerón, *Si hortum in biblioteca habes deerit nihil*, «Si tienes un jardín en tu biblioteca, nada te faltará». Biblioteca que atesoraba en Madrid y jardín que sembró en su casa en la costa gaditana. Una mujer que descifró los misterios de nuestros vientos, que logró comprender nuestra idiosincrasia, que amó nuestro carnaval, que apreció la belleza de nuestra forma de comunicarnos, que elogiaba expresando que «En ningún otro lugar del planeta de habla castellana, la cultura popular es tan elegante ni la elegancia más exquisita está tan arraigada a la cultura popular como entre los gaditanos», incorporando a su vocabulario palabras nuestras que hizo suyas como bastinazo, casapuerta, jartible, alcauciles o, su favorita, fueraparte.

Una intelectual, mitad madrileña, mitad gaditana, como he mencionado en mi intervención, una personalidad indiscuti-

ble de nuestra cultura a la que algunos han negado, han afeado su talento, su mérito y el ingente, inigualable caudal de su aportación literaria y ética realizada durante tantos años.

Y cabe preguntarnos, ¿para cuándo un país que reconozca el trabajo, el talento y el mérito de los nuestros con independencia de otras motivaciones que solo empañan nuestra cultura?

Para concluir, señores, señoras, estamos a finales de julio y ya Almudena camina por Punta Candor. Los *almudenos* son llamados por la matriarca al encuentro con la vida, con las risas, las cenas, la literatura, el arte y el cante en el Sur del Sur, antes de que llegue septiembre y nos devuelva a la condición de mundanos.

Pero antes, parafraseando a Juan José Téllez, los gaditanos, a través de su Universidad, de la que siempre fue amiga, le conceden su máxima distinción académica, y le rinden homenaje por todos los motivos y por todos los argumentos que espero haber tenido la capacidad de transmitir a lo largo de mi intervención. Y no le decimos adiós, sino que le damos la bienvenida, porque su obra permanece como un faro, como un referente, como un punto cardinal en esta tierra que adoptó como propia.

Felicidades, Almudena.

DISCURSO DE INVESTIDURA DOCTORA HONORIS CAUSA

**D. Juan José Téllez Rubio en representación
de Almudena Grandes Hernández**



Rector magnífico
Autoridades académicas
Querido vicerrector de Cultura José María Pérez Monguió
Colegas
Señoras y señores

Yo quise ser azafata o enfermera. Hemos ido atrás porque son dos profesiones muy dignas, mucho más desde luego que las de ser supervivientes en la isla de los famosos. Ahora, más que querer ser, los niños quieren estar. Estar en la tele, estar en el candelabro. Pero, desde muy pronto, recuerdo que quise ser escritora. Mi abuelo me regaló para mi primera comunión una versión de La Odisea que me gustó mucho. Luego, leí 'Mujercitas', de Louisa May Alcott, y entonces quise ser Jo March. Estudié prehistoria pero creo que un novelista y un historiador son como dos coches que se cruzan en direcciones contrarias en la misma carretera. Un historiador debe documentar la historia que tuvo que ser verdad y un novelista inventa una historia que tiene que parecer real. Ahora me siento más cerca que nunca de mi carrera.

¿Cómo podría explicar en pocas palabras lo que me ha dado Cádiz? La luz de todos los veranos, una experiencia propia y distinta del paso del tiempo, un ingrediente fundamental en mi concepto de la felicidad, una puerta abierta hacia un esta-



Almudena Grandes

Máximo
10/2019

do de gracia, una finura, una genialidad, una suma de virtudes vitales de placeres estéticos que no me corresponderían por nacimiento y que, sin embargo, me pertenecen desde que Cádiz me acogió desde que empezó a mimarme, a quererme tanto o más de lo que la quiero yo.

Una niña sin pueblo que llevarse a la boca, madrileña, hija y nieta de madrileños, no podría haber aspirado a un regalo así, porque el mérito no es mío. Existen muchas bahías en el mundo, muchas maneras de mirar al mar, muchos lugares de los que enamorarse, muchos refugios en los que guarecerse del ruido y del frío de los inviernos. Pero en todos me había sentido turista, ajena, extranjera hasta que llegué aquí.

Ni siquiera sé muy bien como pasó, pero el mérito es del viento. El Levante y el Poniente me llevaron de la mano, me dejaron comprenderlo, descifrar su naturaleza y esos antiguos e implacables, capaces de imponer su voluntad a los deseos y necesidades humanas. Un día empecé a sentirlos, aprendí después a presentirlos, y, por fin, una mañana en la cooperativa de pescadores del mar de Rota, que es mi pueblo, pedí un kilo de boquerones y la dependienta me miró, hizo una mueca y me dijo: “Hoy no te lleves boquerones, chocho”. Desde aquel momento, sin dejar de ser yo, soy otra. Sin dejar de ser de Madrid, soy roteña. Sin renunciar a nada, poseo el doble de lo que tenía antes.

En Rota, las casas tienen un muro alto que protege los jardines del viento. Y cuando se baja un toldo es imposible saber si hay alguien escondido ahí. Ese fue el origen de Los Aires difíciles. Yo veraneo en Cádiz y desde que llegué pensé que algún día escribiría sobre los vientos porque aquí son espe-

cialmente fuertes, ya que es donde se encuentran dos mares: el Mediterráneo y el Atlántico. Eso hace que la gente tenga una especie de fatalismo congénito y cultural por el que organizan su vida en función del viento, hasta el punto de cambiar planes como no ir al cine o no poner la lavadora si sopla Levante. Eso me parecía muy literario, pensé que había una especie de filón de Realismo Mágico muy grande, que aquel lugar era como el Macondo de García Márquez. La imagen fue un detalle de construcción de las casas que en lugar de tener verjas o un seto tienen una pared de ladrillo. Eso hace que no veas nada de lo que pasa dentro ni desde la casa de al lado ni desde la calle. Pensé que esas casas eran lugares perfectos para los personajes que yo podía esconder allí.

Los aires difíciles de Cádiz constituyen algo muy especial. Yo había escuchado muchas veces que en Europa ya no se podía escribir novelas porque Europa era el continente donde el planeta estaba domesticado, donde el cartero siempre llegaba a su hora. Donde todo sucedía de acuerdo con un programa. Y, bueno, llegué aquí, y me encontré con cosas tan sorprendentes como que la vida cotidiana dependía de que cambiara el viento o de que entrara o un viento o que saliera otro. Yo comprendí que hasta que no me aprendiera los vientos de Cádiz yo sería una turista. Y no podría pertenecer en absoluto a este lugar, ni apropiarme de él. Me puse a estudiarlos y me fascinó porque realmente los gaditanos tienen con los vientos la misma relación que los griegos clásicos tenían con los dioses.

Digamos que los vientos son el factor que determina sus vidas y ellos aceptan el viento que sopla con un fatalismo pragmáti-

co pero indudable. Y a la cabeza del Olimpo de los vientos de Cádiz está el levante, que es un viento fascinante porque cambia de carácter con la estación. Es un viento bueno en invierno. Es un viento malo en verano. A mí me parece maravilloso que cuando sopla el levante en invierno la gente abra las casas para que el viento entre y se lo lleve todo. Dicen, se lleva todo, se lleva la humedad, seca las paredes, seca los colchones, seca las sábanas. Entonces, un viento que en verano es insoportable es imprescindible para vivir en invierno. Y luego está ese personaje absolutamente literario que es el levante en calma. Que es ese levante que se está pensando si salta o no. Y puede estar pensándolo hasta tres días y produce ese efecto de calma chicha que yo hasta que vine aquí solo lo había supuesto en el mar. Los vientos de Cádiz son literatura pura. Y para una narradora como yo un fenómeno irresistible por completo. Y la prueba de que en Europa, para los que seguimos viniendo aquí, se puede seguir escribiendo novelas.

Yo no merezco ningún premio porque fueron los vientos y los atardeceres de Punta Candor, aquella dependiente de la cooperativa y tanta manzanilla y tantas risas y noches memorables y tantos amigos quienes han hecho por mí, de mí, mucho más de lo que yo podré hacer nunca por Cádiz.

Pero aunque no lo merezca, lo agradezco de corazón. Porque mi corazón ya es de esta tierra, que no es una tierra cualquiera.

En este momento, más que nunca, me gustaría ser mi amigo Eduardo Mendicutti, el creador del lenguaje más audaz, más apabullante y estrepitoso y admirable de la literatura españo-

la contemporánea. O encarnarme en mi amigo Felipe Benítez Reyes, fino como un cuchillo, agudo como un relámpago, dueño de un estilo incomparable. Profundo, liviano, crujiente a la vez y elegante como nadie dentro y fuera de la página. Ellos, escritores gaditanos, tan queridos como admirables, han sido también para mí un Poniente y un Levante, capaces de anclarme a estas orillas. En ellos aprendí que Cádiz es, sobre todo, talento. Talento para vivir y talento para crear. Los gaditanos tienen una capacidad extraordinaria para aprovechar el tiempo perdiéndolo.

Benito Pérez Galdós miraba a Cádiz como un lugar en el que está sucediendo algo importante y positivo, capaz de emocionarle. Galdós escribía a unos 70 años de distancia pero como todos los escritores hacemos, hablaba de la España en la que vivía al mirar hacia el pasado. Vinculaba de alguna manera las enseñanzas de la constitución de Cádiz y las Cortes con la situación en la España que le había tocado vivir. Hasta el punto que el último episodio nacional que escribe, Cánovas, lo termina en 1912, un siglo después de la constitución de Cádiz. Y a la musa de la historia española Galdós le pone de nombre Mariclío, que se despide bostezando y diciendo: a mi dejadme, hasta que no hagáis algo lo suficientemente importante e intenso en este país de los demonios: “Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no vengáis a la muerte, no os ocupéis de Mariclío... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro... me duermo...».

¿Qué supone para Galdós las cortes de Cádiz? Probablemente todo lo contrario. Era el momento en el que Mariclío estaba despierta, sentía la pasión que años después anhelaba la musa de la

historia española. Galdós era un escritor que, en sus novelas, se interesa por la intra-política, las relaciones de poder entre los políticos y por lo que pasaba en los despachos más que por lo que pasaba en las votaciones; hizo un retrato imprescindible de todo lo que pasó en Cádiz, de las guerras napoleónicas, de la constitución e incluso del regreso de Fernando VII. Mariclió no pudo estar en las cortes de 1812, pero sin embargo las mujeres controlaban las tertulias de la época.

Mujeres como Paquita Larrea, que no pudieron participar de los beneficios directos de la Constitución pero que de alguna manera intuían el beneficio que un movimiento como aquel podía reportarles. Ellas estaban fuera de las tomas de decisión, en un país tan católico y en el que había unas fuerzas reaccionarias fundamentalistas y partidarias de relegar a las mujeres al ámbito de lo privado y a criar a sus hijos. Pero, en el proceso de la guerra de la independencia, se da de una forma destacada, y vuelvo a Galdós, la figura de las mujeres combatientes por primera vez en la historia de España. Como Manuela Malasaña, como Agustina de Aragón. Las mujeres del 12 presentían que aunque la constitución las dejara fuera del ámbito del poder real, a ellas les convenía que esa opción triunfara.

Para mí, que tengo una relación tan especial con Rota, que es el lugar donde veraneo, donde paso esa parte del año ligada a la felicidad, la Base tiene un significado especial, porque por un lado significan una agresión. Yo he descrito alguna vez la sensación que yo he sentido estando en la playa de Punta Candor con mis hijos, cuando mi hija pequeña era muy pequeña o cuando sopla viento del norte se oye pasar a los aviones de la Base. Y, en la época de la guerra de Irak, pasaban unos avio-

nes absolutamente terroríficos, con unas panzas espantosas y los niños que estaban en la playa saludaban con la mano. Y permanecer entre lo que es el tiempo de vacaciones, de felicidad, de estar en la playa, con la indolencia de no hacer nada, y ver eso, la verdad es que supone un contraste muy brutal. Y el hecho de que la Base esté ahí es un recuerdo constante del mundo en el que vivimos en una época en la que precisamente pretendes desconectar del mundo en el que se vive.

Un día de la Semana Santa de 2009, mi amiga Ángeles Aguilera me invitó a comer, con mi marido y mi hija pequeña, en su casa de Rota, un piso de la urbanización que circunda el hotel Playa de la Luz, ante la milenaria almadraba que ha dado de comer a los roteños desde la época de los fenicios hasta hoy.

Sólo unas semanas antes, mi marido, Luis García Montero, y yo, habíamos grabado unas declaraciones sobre la Base de Rota para un equipo de Canal Sur que se había desplazado a Madrid con motivo de aquel reportaje. Cuando terminamos, por puro afán de cotilleo, les pregunté a quién más tenían previsto entrevistar, y me contestaron que aquella misma tarde iban a reunirse con don Miguel Sánchez Romero.

- ¡Ah! –exclamamos entonces Luis y yo, al unísono-. ¡El Maicol!

Para nosotros, que al llegar a Rota ya éramos íntimos amigos de dos íntimos amigos suyos -Felipe Benítez Reyes y Silvia Barbero-, Miguel Sánchez Romero siempre ha sido, y es, y será, simplemente el Maicol, y en esa condición nos lo encontramos en casa de Ángeles, que le había invitado a comer al

tropezárselo un rato antes en la Tasca Tirapu, nuestro club social, con el permiso veraniego del chiringuito de Emilio.

En aquella comida, Maicol, que es un narrador oral extraordinario, nos contó algunas historias memorables, que abordaban el impacto de una base militar norteamericana sobre el modo de vida de un pueblo gaditano desde perspectivas muy diversas. Durante años, había ido recorriendo su pueblo con una cámara de video y la intención de montar algún día un documental, recogiendo testimonios de putas jubiladas, camareros de night-clubs, chicas roteñas que se casaron, o no, con americanos que las dejaron embarazadas, o no, taxistas, y otros vecinos que se las arreglaron para buscarse la vida durante años a costa de la Base, sin contrato, ni empleo, ni falta que les hizo.

Pero, de todas las historias que Maicol me contó aquel día, la que más me emocionó, la que mejor me explicó lo que significó para los roteños la implantación de una base militar en su territorio, no tiene más protagonista que él mismo, su abuelo, y el peral que plantó en la huerta que había trabajado durante toda su vida. Yo la conté a mí vez, en uno de los textos, más relatos que artículos, que publico en El País Semanal cada quince días. Lo titulé “La sombra de un peral”, y lo reproduzco a continuación:

Cuando distinguí a lo lejos la alambrada, redujo la velocidad, pero no vio nada extraño en el horizonte, aquel paisaje que podría reconstruir de memoria, con los ojos cerrados. Sin embargo, al girar a la derecha en el cruce, empezó a echarlo de menos. No puede ser, murmuró, no puede ser, y puso el

intermitente, se paró en el arcén, miró con más atención, y no lo vio.

- ¿Qué pasa? –su mujer, acostumbrada a aquel hito de desaceleración y silencio que marcaba sus viajes al pueblo desde hacía tantos años, le dirigió una mirada de inquietud.

- No está –contestó él, mientras abría la puerta-. El peral no está, no lo veo.

Quizás estaban terminando los años 60, quizás los 70 habían empezado ya. No se acordaba con exactitud de la fecha pero siempre recordaría aquel día en el que por fin logró traspasar con su padre las puertas de la base. Hasta aquel momento, se consideraba un privilegiado sólo por ser hijo de un roteño que tenía la suerte de trabajar para los americanos. Eso ya era muy importante, porque le daba acceso a un montón de pequeñas cosas maravillosas, como las palomitas envasadas en una sartén de papel de aluminio que su madre hacía en la cocina de su casa, la mantequilla de cacahuete que no se encontraba en las tiendas del pueblo, los bizcochos instantáneos y la ropa, cazadoras, vaqueros, gorras que le distinguían de los demás, los pobrecitos que no tenían billete para traspasar las puertas del Paraíso.

Aquel día, él llegó a estar dentro, en el corazón de la opulencia, del poderío, de la buena vida, la mejor música del mundo sonando en todos los altavoces y aún más, porque le invitaron a entrar en un portaaviones y llegó hasta arriba, hasta una autopista donde le resultó imposible creer que estuviera de verdad dentro de un barco, y luego se montó en un avión, y vio

aterrizar un helicóptero, y todos los americanos fueron muy amables, y ninguno dejó de sonreírle mientras mascaba chicle con mucho arte. Eso fue lo que pensó él, eso fue lo que sintió, y que era partícipe de aquella grandiosidad, aquella extranjería y sublime magnificencia, hasta que su padre le invitó a un helado, mucho mejor que cualquier helado español, adónde iba a parar, y de repente se dio cuenta de que su madre y su tía habían desaparecido.

Vamos a buscarlas, propuso su padre, como si supiera de sobra dónde estaban y, efectivamente, las encontraron enseguida, dos mujeres españolas, vestidas como las mujeres españolas, tan antiguas con sus faldas y sus zapatos de vestir, aquellas chaquetas cruzadas con los brazos debajo del pecho, allí estaban las dos, en medio del campo, llorando. Estaban llorando y él no lo entendía, lloraban en silencio, sin hacer ruido, mirando hacia delante, a un árbol como cualquier otro árbol, y a él todavía la quedaba la mitad del helado, y lo lamía, lo disfrutaba con toda la boca y no entendía nada, por qué lloraba su madre, por qué lloraba su tía, si aquello era guay, super guay, y tenían la suerte de estar en la base, allí dentro, donde todo era mejor, y más bonito, y más chulo, y más moderno, y más barato...

Ese peral lo plantó tu abuelo, le dijo su madre, sólo eso. Luego, su padre le pasó un brazo por el hombro, la condujo de nuevo hacia el coche y volvieron a casa sin hablar. Después, mucho después, él se enteró de la verdad, de que el verdadero precio de aquel día fabuloso, de los helicópteros y los portaaviones, había sido la desesperación de muchos hombres como su abuelo, arrendatarios de las huertas sobre las que un buen día,

en un despacho de Madrid, alguien decidió colocar una base norteamericana. Ese mismo alguien, su cara y su nombre parapetados tras el membrete de una oficina del Ministerio del Ejército, obligó a los propietarios de las tierras a aceptar unas indemnizaciones que daban vergüenza. A quienes las trabajaban desde hacia décadas, ni eso, sólo la oportunidad de irse a vivir en medio de ninguna parte, a un poblado artificial, improvisado, a más de cincuenta kilómetros de Rota, sin escuela, sin alcantarillado, sin aceras, sin futuro. Su abuelo no quiso mudarse a Nueva Jarilla y se quedó con lo puesto, una mano delante y otra detrás, para que su nieto pudiera comprender, muchos años más tarde, cómo son las cosas guay del Paraguay.

Y él sí se fue, se marchó primero cerca, después más lejos, pero nunca dejó de volver a su pueblo, y nunca dejó de quererlo, con el intenso amor que inspiran las cosas complicadas, más dignas de amor cuanto más complicadas. Y siempre, desde siempre, al llegar buscaba la sombra del peral de su abuelo como una contraseña, un indicio, otro nombre de sí mismo. Hasta hoy, porque hoy ya no está, aunque mientras él viva, piensa al volver al coche, al poner el motor en marcha, al continuar su camino, aquel árbol nunca morirá del todo.

En aquel texto, que tenía que ajustarse a un formato predefinido y se me quedó corto, no pude contar algunas cosas. Que la madre y los tíos de Maicol le agradecieron a su padre durante toda su vida que no hubiera querido llevárselos a Nueva Jarilla, que hubiera tenido el coraje de quedarse en Rota para empezar de nuevo. Y que su abuelo, que desde muy joven había sentido grandes simpatías por la Unión Soviética, se convirtió, a partir de la inauguración de la Base, en un prosoviético

forofo, apasionado e incondicional. Tanto que su nieto agradeció al destino que muriera después de contemplar las Olimpiadas de Moscú, pero antes de que la perestroika difundiera toda la verdad sobre su soñado Paraíso de los Trabajadores.

La publicación de esta historia generó también una pequeña historia por sí misma. Cuando volví a Rota, para disfrutar de la Feria, me había convertido en una escritora mucho más popular que de costumbre. Roteños desconocidos me besaban, me invitaban, me llevaban a su propia caseta para contarme su propio episodio familiar o personal en relación con la Base. Pero lo más curioso fue que varios conocidos se me acercaron para corregirme. No era un peral, ¿sabes? Era una higuera, era un cerezo, era un olivo, era...

- ¡Era un peral! -Maicol fue tajante cuando se lo conté-. Vamos, hombre, me van a decir a mí lo que era...

Las discrepancias sobre la especie a la que pertenecía aquel árbol me parecieron, en cualquier caso, mucho menos importantes que la intensidad con la que los vecinos de Rota reaccionaron ante su existencia. No hacía falta más para comprobar hasta qué punto la Base había desordenado su vida, la historia y la memoria de su pueblo.

Al llegar a Rota, la playa nunca es tan hermosa como la recuerdo.

Durante largos meses, mientras la lluvia azota las persianas bajadas en las noches de otoño, mientras el frío se cuela por rendijas inverosímiles hasta colonizar el corazón de mi casa,

mientras la primavera me engaña como una promesa traidora que alberga en su interior escalofríos de hielo, yo me esfuerzo por recordarla. Tumbada en la cama o recostada en un sofá, estiro las piernas, cierro los ojos y abro mi memoria a la luz, el rumor apacible de las olas mansas del levante, el tumulto de agua que obedece al desorden del poniente, la almadraza que surge y se esconde de mis ojos siguiendo la voluntad de las mareas, para jugar al mismo juego que ha atrapado muchos otros ojos durante miles –he escrito bien, miles– de años. Entonces recuerdo la playa perfecta, una combinación impecable de mar y de arena, tan lejos de la pleamar como de la bajamar, y una brisa que refresca pero que no se opone a mis pasos. Esa imagen, ese olor, esa sensación de plenitud física, me ayuda a soportar los otoños. Cruzo el invierno tras ella como un animal doméstico y resignado que empieza a olfatearla, con más voluntad que éxito, cuando llega abril. Parece poca cosa, una playa como las demás, pero yo sé que no se parece a ninguna otra, que encierra un tesoro que nunca encontraré en otro lugar.

El amor verdadero no tiene que ver con el verbo poseer, sino con el verbo pertenecer. El sentimiento de pertenencia es mucho más rico, más complejo y perfecto que la simple posesión. Es imposible poseer una playa, pero es muy fácil pertenecer a alguna, y ésta es la mía, no la que poseo, sino la que me posee cuando puedo olerla, para ejercer la misma fascinación cuando me encuentro a centenares de kilómetros de sus orillas. Por eso, el primer día de playa es más que un reencuentro, más que la renovación de una rutina, toda una celebración. Por eso también, seguramente, cuando al fin la alcanzo, apenas se parece a sí misma en el recuerdo que he mimado durante tantos meses.

Piso la arena en el apogeo de una pleamar radical, tan furiosa que los bañistas de agosto apenas disponen de una estrecha banda de arena que colonizar. No es posible, pienso, qué mala suerte, mientras avanzo por una urbanización de sombrillas que sólo tres horas antes parecería una población diseminada de retales de colores en una gran extensión de arena húmeda. Pero en plena pleamar, la arena húmeda, compactada por el sol, no existe aún, y es preciso avanzar por la orilla, mis pies hundiéndose y elevándose con esfuerzo para dejar un rastro de hoyos vagamente redondeados a mi espalda. El viento no ayuda. Sopla levante, el señor omnipotente de la bahía de Cádiz, el tirano del calor de los veranos, pero no sopla solo. El sur, pegajoso y húmedo, se asocia con él en lo peor, para arrebatarnos al mar la calma helada de los mejores baños. En mi primera tarde de playa hay levante, calor, moscas, y olas arrebatadas que remueven la arena del fondo del Atlántico en un torbellino donde es imposible avanzar. Y sin embargo, mientras me dejo mecer en esa cambiante cordillera de agua, al fin comprendo que estoy aquí, que he llegado a mi sitio, a pesar de la marea, del sur y del levante.

Me esperan otras tardes, todavía muchas, y muchas bajamares, levantes puros de agua helada y, ojalá, ponientes frescos, confortables. El verano es el tiempo de la felicidad, y la felicidad sería más pobre, más pálida, lejos de la playa de Punta Candor, para la que escribo esta carta de amor.

Escribo y no suena el teléfono. Nadie me llama cuando estoy en la playa, quizá porque se sabe que aquí no contesto, pero no me faltan distracciones.

LEVANTARME PRONTO por las mañanas. O no. Si lo consigo, ir al muelle justo después de desayunar, antes de que el despacho de la cooperativa de pescadores del pueblo se llene de gente. En los buenos veranos, sólo con contemplar el mostrador repleto ya me pongo nerviosa, porque me lo compraría todo. Siempre me cuesta elegir. Los lomos de atún me tientan como un lujo escarlata y me divido entre las urtas y las corvinas, los chocos y los calamares, las gambas y los langostinos, sobre todo cuando miro los precios y me acuerdo de lo que pago en Madrid.

Con el pescado en el maletero, vuelvo a casa. O no.

Aquí tengo un huerto pequeño, plantado en dos bancales, que este año va tan retrasado como el mismo verano. Así que todo depende del color de los tomates, del tamaño de los pimientos y las berenjenas. Pero incluso cuando puedo autoabastecerme, hago una parada para comprar lo que no tengo. Ajos, por ejemplo. Maravillosas cabezas feísimas de ajos irregulares, grandes y pequeños, la piel un poco más gris que morada, cultivados a un par de kilómetros de mi casa. Huir de los ajos chinos es una bendición y, además, confieso mi debilidad por las ciruelas amarillas, aunque este año me ha dado por las sandías. Con eso y un mollete para el desayuno del día siguiente, termino la compra de cada mañana.

Después me siento a escribir, a la misma hora en que lo haría si no hubiera madrugado. Tengo un despacho pequeño, con cristaleras que dan al jardín. Escribo y no suena el teléfono. Nadie me llama cuando estoy en la playa, quizá porque ya se sabe que aquí no contesto, pero no me faltan distracciones.

Me visitan los mirlos, los jilgueros, y las palomas zurean sobre mi cabeza todo el santo día. Desde la mesa miro mi olivo, que rescaté de la infame condición de bonsái y mide ya más de tres metros. Vigilo el calibre de las aceitunas sin levantarme de la silla, y de vez en cuando me levanto y voy a verlas. Entre párrafo y párrafo, atiendo a los pequeños milagros de cada día. Hasta que miro el reloj, y compruebo que se me ha pasado la mañana sin darme cuenta. Y que el jardín me conviene mucho más que el teléfono, porque entre paseo y paseo suelo escribir más de un folio.

Después de comer me echo la siesta.

Existen pocos placeres comparables a la tierna molicie de las siestas del verano, aunque yo, lo que es dormir, no duermo mucho. Me tiendo sobre la cama a leer y de vez en cuando empiezan a bailar las líneas. Entonces cierro los ojos, dejo el libro abierto sobre mi estómago y no me quito las gafas. Al despertarme, nunca sé si he llegado a dormir o no, pero mi cama se ha convertido en una nube de espuma sonrosada en la que remoloneo unos minutos más antes de levantar el libro para seguir por donde lo he dejado. A veces me pasa una vez, a veces más, pero todas las siestas son igual de deliciosas. No tanto, sin embargo, como para torcer mis planes.

Por las tardes voy a la playa.

No tengo hora fija. Depende, como todo, del viento. Si sopla levante, espero hasta las siete para no achicharrarme. Si sopla poniente, salgo mucho antes, a las cinco y media, para que la fresca del aire no me arrebatase las ganas de bañarme. Pero,

con levante o con poniente, siempre hago lo mismo, caminar por el borde del mar hasta mi playa favorita, cuyo nombre no escribiré, porque ya me han regañado mucho por hacerle tanta publicidad. Mira cómo está de gente este año, por tu culpa, mushasha... Cuando llego a la muralla de piedras que protege de las mareas la que seguimos llamando “casa ilegal” a pesar de la última ley de costas, me doy la vuelta, ando un poco más y me meto en el mar. Cuando la marea está baja, llego hasta la boya. Cuando está alta, a veces me rindo antes, pero siempre avanzo cien brazadas contra la marea y después me dejo arrastrar hasta la orilla.

Al volver a casa como un poco de fruta con un vaso de agua muy fría, y después me arreglo. O no.

Y voy, o no voy, al pueblo, andando o en coche, me tomo unas copas de manzanilla o ceno con agua. Sin reglas, sin plazos, sin más obligaciones que las que yo misma decida imponerme.

Hay muchas cosas buenas que salen gratis. Pasear por la mañana temprano, cuando el sol es tierno, tímido como la brisa que coquetea con las hojas de los árboles. Caminar de madrugada por calles tan llenas de gente como en los mediodías del invierno, para asombrarse de la euforia silenciosa de las parejas que se besan en los bancos, o apoyadas en los pilares de las plazas porticadas. Los que viven cerca del mar lo tienen fácil, pero también es una fiesta meter en una tartera la comida prevista para consumir en casa, despacharla sobre una manta, en la hierba de algún parque, y tumbarse después a la sombra. Asistir a los conciertos de las bandas que suelen tocar en quioscos de parques y plazas mayores los domingos

por la mañana. Y frecuentar las bibliotecas públicas, mientras duren.

Hay muchas cosas buenas que salen muy baratas. Una botella de vino para beberla despacio, en casa, al atardecer y entre amigos. Un buen libro de bolsillo, que proporciona una emoción que dura más que el vino y cuesta casi lo mismo. Un cine de verano, el lugar ideal para hacer manitas. Una ración de ensaladilla rusa y dos cañas, en la terraza de un bar cualquiera, antes o después del cine de verano. Enamorarse es un milagro todavía más barato, tan caro que, sin embargo, no se puede fabricar.

El verano es el tiempo de la felicidad. Apúrenlo y no piensen en el invierno que nos espera. Porque nuestros abuelos lo tuvieron muchísimo peor que nosotros y si no hubieran vivido, si no hubieran sabido disfrutar de la vida, si no se hubieran enamorado en tiempos atroces, nosotros no estaríamos aquí. Si existe una cosa que sabemos hacer bien los españoles es ser pobres. Lo hemos sido casi siempre, pero eso no nos ha hecho más desgraciados, ni más tristes que los demás. Recuérdenlo y sean felices, porque la felicidad también es una forma de resistir.

Almudena Grandes

(Con extractos de discursos, declaraciones y artículos publicados en El País)

DISCURSO DEL RECTOR

D. Francisco Piniella Corbacho
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



La tarde en la que murió Almudena Grandes
era sábado
y un inconstante sol de noviembre
brillaba en los pétalos blancos de la hortensia,
inesperadamente florecida.
Sonó el mensaje en el móvil.
Quedaba una hora para el crepúsculo.
Desde tu sofá con manchas en la tapicería
veías crecer el oleaje,
veías teñirse de negro
la arena enmudecida,
la risa segada de la espuma.
Los dedos se te fueron destrenzando
en madejas que olvidaban sus colores,
y una blancura de página no escrita
te veló los ojos
con la ternura de la tinta,
con la fragilidad de la hoja mal encuadernada
que el viento de poniente
mueve, esparce y desordena.

“El corazón helado”

Poema de Cristina Ruíz Guerrero (2022).

Excelentísimas autoridades, comunidad universitaria, amigas y amigos.

Como rector de la Universidad de Cádiz, quisiera, en primer lugar, dar las gracias a la familia y amigos de Almudena Grandes por su colaboración en este acto.

Y quisiera que mis palabras fueran, no solo una expresión de sentimiento, sino un homenaje académico en toda regla a la figura de la escritora Almudena Grandes.

Antes de nada, quiero corregir a quien pueda decir que este es un homenaje póstumo, porque Almudena está viva, muy viva. Todas las librerías están llenas de sus libros. No hay mejor prueba para decir que Almudena..., ¡está viva!

Los procesos académicos son lentos y, desgraciadamente, fueron muy lentos en este caso, pero esto no quita un ápice del valor de esta distinción que le hizo el Claustro de la Universidad de Cádiz.

Almudena es Doctora Honoris Causa por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Tiene calles, plazas, colegios, institutos con su nombre, bibliotecas, por supuesto. Y, desde hoy, el reconocimiento de nuestra Universidad de Cádiz.

Ahora bien, ninguno de ellos tendrá el valor del mejor de todos: el del lector que abre uno de sus libros. Por ello, Almudena fue reconocida en vida con su mejor reconocimiento, el de sus miles de lectores.

Ella misma era una gran lectora: Para escribir, antes ha habido que leer. *Empezar a escribir es una consecuencia de haber leído mucho, es como atravesar el espejo, como cuando Alicia atraviesa el espejo. Leer y escribir son actos especulares.*

¿Por qué la Universidad de Cádiz? ¿Por qué Cádiz? La luz de esta bahía fue el paisaje de Almudena durante sus veranos. La relación con Rota fue todo un idilio, casi veinte años desde que compartían, Almudena y Luis, la amistad con nuestro escritor Felipe Benítez Reyes.

Y de pronto, Rota se convirtió en el pequeño mundo de sus amigos: Benjamín Prado, Eduardo Mendicutti, Juan José Téllez, José Ramón Ripoll,... Joaquín Sabina o el propio Caballero Bonald, incluso Ángel González.

Rota fue un remanso donde poder escribir y pasear por la playa al atardecer, buscando los corrales, los recuerdos fenicios de la Punta Candor. El azul de Cádiz, como pintado con lápices de colores, impregnaba la felicidad de aquellos días *“Nos levantábamos cuando sonaba la vida -decía-”*. Incluso, su elogio al viento de levante, convertido en personaje mitológico en *“Los aires difíciles”*.

Solo unos meses después de ser nombrado rector, tuve el placer de cenar una noche con Almudena Grandes. Ella había dado una conferencia inaugural en San Roque, dentro de los cursos de verano, tradicionales en aquella ciudad.

Reconozco que, entre plato y plato, fue para mí un placer inmenso escucharla y reconocer en ella una mujer especial, que

a diferencia de otras personas de su igual valía, ¡escuchaba! Te escuchaba. Recuerdo cuando le conté la vida de mi abuelo y su paso por la Unión Soviética. Y cómo ella se interesó hasta el punto que mantuvimos después una serie de correos, de fotos que entonces le envié.

Porque Almudena te escuchaba. Era una mujer que estaba siempre dispuesta a sorprenderse, a recoger nuevas historias, y quizás por ello era una excelente narradora, desde aquellos tiempos en que escribía los primeros cuentos en casa de su abuelo mientras su padre iba al fútbol. Almudena era una mujer con optimismo, con esperanza, *“nunca dejo de creer -decía ella-, por eso soy del Atleti”*.

Pero como avanzaba al principio, quiero que este sea un discurso sobre todo académico donde quede constancia del reconocimiento de nuestra universidad a la que ha sido la novelista española más destacada de la segunda mitad del siglo XX. Aunque ella, es verdad, reivindicaba más su papel de novelista decimonónica.

No diré nada novedoso si subrayo su admiración por Benito Pérez Galdós, con el que coincidía en su aportación a una narrativa expresiva y de profunda hondura psicológica. Sus personajes eran, son, vivos, contradictorios, heroicos y anti heroicos. Evolucionan. Son tan reales que viven gracias a su variedad de registros.

Para Almudena Grandes no tenía sentido una novela si no se contaba una historia. No fue baladí su formación inicial como historiadora. En las obras de Almudena, hay una profunda investigación como lo demuestra su proyecto narrativo “Episo-

dios de una guerra interminable”, novelas independientes que nos han narrado momentos significativos de la resistencia antifranquista.

Como ella dijo en una de sus últimas entrevistas: *“es que había encontrado un filón”*. Y, efectivamente, en el periodo comprendido entre 1939 y 1964 la bibliografía no había ahondado en episodios que la mayoría de la gente no conocía porque, sencillamente, nadie se había detenido a contárselos.

Almudena resucitó a aquellos españoles que dieron su vida en aquel Ejército de la Unión Nacional Española y su invasión del valle de Arán, de la guerrilla de Cencerro, de eso que llamó “el fin de la esperanza”. Nos hizo ver la hipocresía de aquellos países que dejaron en la cuneta, en otra cuneta, la ilusión de los españoles que perdieron su esperanza al terminar la Segunda Guerra Mundial y los vencedores mantuvieran, intocable, el régimen de Franco, a pesar de la ocultación de los criminales de guerra como bien dejó constancia en “Los pacientes del doctor García”.

Al igual que los Episodios Nacionales, estos Episodios de Almudena recogen la memoria histórica de los españoles y españolas a través de su vida íntima, de la cotidianidad dentro de la desgracia de unos hechos históricos en una de las épocas más oscuras de España, donde los psiquiatras intentaban extirparnos el gen maligno del marxismo que causaba una peligrosa enfermedad mental o los médicos querían curar la homosexualidad con electroshocks e incluso la lobotomía.

Los personajes de estos “Episodios” interactúan con figuras reales y escenarios históricos. Porque, como ella decía, *“la lite-*

ratura teje y desteje desde hace siglos un inmenso tapiz fabricado con las historias que condensan los hilos de la existencia humana”.

A Galdós lo ningunearon también los sectores más conservadores de la sociedad, boicoteando su candidatura al Nobel en 1912. A Almudena quisieron, pero no pudieron, manchar su carrera. Nunca hubo un entierro más caluroso y con más libros alzados al viento que el de Almudena.

Antes de terminar, me gustaría destacar también a la mujer pensadora, a la librepensadora, a la Almudena Grandes que ella misma se reivindicaba en uno de sus últimos artículos en “El País” como radical, como radicalmente opuesta a la tolerancia de lo intolerable, a la violencia contra las mujeres. Radical contra los que matan día a día a sus parejas.

Radicalmente feminista contra los que no permiten a las mujeres ejercer sus derechos reproductores, o contra los que no permiten la libertad de las personas a elegir su orientación sexual. Radical siempre frente a las injusticias de este mundo. Y quiero terminar con alegría, porque un acto como éste es un acto de recuerdo a una persona alegre. La alegría era algo consustancial con Almudena: “La alegría me había hecho fuerte, porque me había enseñado que no existe trabajo, ni esfuerzo, ni culpa, ni problemas, ni pleitos, ni siquiera errores que no merezca la pena afrontar cuando la meta, al fin, es la alegría”.

Muchas gracias, Almudena, por el ejemplo de tu compromiso y por ese universo enorme de historias reales condensado en tus libros. Muchas gracias por arropar con vuestra presencia este acto solemne y necesario.

25 de julio de 2022 | Facultad de Filosofía y Letras | Campus de Cádiz
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



DOCTORATO
HONORIS
CAUSA



UNIVERSIDAD
DE CÁDIZ

